

divina, cual la acabamos de representar, debe concurrir en el Hombre de Estado por las mismas razones que acabamos de expresar.

§ II

Es muy raro hallar hombres que ratiocinen y se expliquen con precisión

Pero, sin embargo de la mucha fatiga con que se procura cultivar el espíritu con el estudio, no suele adquirirse con facilidad, por lo común, el hábito feliz de formar ideas claras ó de enunciar los conceptos con la distinción que hemos indicado antes; y no por otro motivo que por ser muy pocos los que emplean los medios directos para conseguir una empresa semejante; porque por una parte el gusto de los placeres de la vida, distrae á las gentes que se llaman del gran mundo, y por otra, hay que sufrir mil disgustos que siendo de una cierta condición lamentable, desalientan al espíritu y afligen al ánimo; y muchas veces, aunque no se echa de menos ni la voluntad ni el valor, con todo, no puede conseguirse el deseado efecto, y no por otro motivo que porque no se hacen las cosas como debían hacerse. No toda semilla produce siempre su planta; porque hasta las mismas que brotan, suelen degenerar muchas veces y desmienten las esperanzas que se habían concebido, ya por falta de cultivo, ya por otro cualquier vicio del terreno donde se siembran. Y lo mismo sucede en los seres racionales; hay muy pocos hombres que lleguen á la perfección en el estado que han tomado, por más cuidado que hayan puesto en la educación. Y por la misma ra-

CAPITULO XIX

DE LA PENETRACIÓN DE ESPÍRITU QUE ES NECESARIA AL HOMBRE DE ESTADO, Y DE LOS MEDIOS PARA ADQUIRIRLA

§ I

En qué consiste la penetración de espíritu

Una de las prendas más apreciables que puede poseer el Hombre de Estado, es la penetración. Esta es una facultad del espíritu por la cual el entendimiento humano llega á comprender á primera vista, y á la menor insinuación, las cosas como son en sí, y descubre su naturaleza, sus causas y efectos, abrazando toda su extensión, sondeando toda su profundidad, y continuando sabiamente entre sí todas las relaciones que se hallan en ellas; y, en una palabra, las penetra todas enteramente por todos lados. Y esta misma facultad incomparable sondea los espíritus y se introduce en ellos, hasta que les arranca del todo las ideas que no expresaron bien sus palabras; ¿y qué digo expresaron? Ni siquiera habían llegado á concebirlas. Luego esta cualidad, casi

zón, siendo el Gobierno un cuerpo compuesto de varias gentes que viven en el gran mundo, no es fácil, ni menos posible, que todos sus miembros sean del feliz carácter de los hombres singulares que supieron cultivar el espíritu y recogieron los frutos de este trabajo.

§ III

Utilidad de la penetración de espíritu en los negocios

Por tanto, el Hombre de Estado debe prometerse que habrá muchas veces de tratar con gentes que tengan malas ideas de las cosas, y les faltará tal vez el talento de saberlas explicar y exponer bien, y de éstas hallará algunas también indefectiblemente en el Consejo. En cuyo caso le es esencialmente necesaria la penetración de espíritu, para poder comprender lo verdadero de todo lo que se le expone confusamente, no sólo con el fin de enderezar los razonamientos mal dirigidos, sino también para separar la luz de las tinieblas, para extraer la substancia de una memoria larga y difusa, y para percibir todas las miras y designios que fuesen justos y útiles para un proyecto bien pensado, pero muy mal propuesto y explicado.

§ IV

Para descubrir las malas intenciones de los perversos

Además, que con su penetración llegará á descubrir la malicia é ignorancia de los demás, sin cuyo conocimiento no podrá prevenirse contra los insultos de la ini-

quidad, pues el hombre perverso estudia mucho el modo de encubrir sus maldades, porque sabe bien que si llega á ser conocido una sola vez, vendrá á ser indispensablemente un objeto de horror para todos; y como no llegue á meterse, por decirlo así, dentro del alma del perverso y le lea sus pensamientos é intenciones, no podrá prevenir el daño ni evitarlo; ni podrá descubrir tampoco los inicuos proyectos que imagina el perverso; porque la malicia encubre con cautela los golpes que quiere descargar.

§ V

Ejemplo de Tiberio

Entre las varias pruebas que dió el Emperador Tiberio de su grande penetración, nos parece muy digna de memoria la que vamos á referir aquí. Asinio Galo, hombre de una malicia consumada, proponía á este Príncipe, con cierto aire de desinterés y de celo por el bien público, la prorrogación de los Magistrados, haciéndole presente que un plazo menor que el de cinco años, no bastaba para poder adquirir toda la experiencia que requerían unos empleos de tanto peso. Una proposición tan simple como ésta, no contenía nada que no pareciese razonable á primera vista; pero con todo, por más que quiso ocultar su veneno, no se escapó de la comprensión del Emperador, el cual llegó á penetrar el designio de Galo, que no era otro que querer prorrogar los empleos para asegurarse mejor las hechuras que se iba criando, con cuyo auxilio se presumía que había de poder llegar á usurparle el trono con el tiempo. Tiberio se

conmovió en el momento que conoció la verdad de sus sospechas y le reprendió seriamente, sin afectación, manifestándole que sería una cosa muy dura y lamentable, que todos los personajes recomendables que tuviesen mucho mérito y disposición para poder servir al Estado, en el empleo de la Magistratura, se viesan excluidos por mucho tiempo de un cargo tan honroso. Y después de que se explicó de esta manera, puso tanta atención en todas las acciones de Galo, que se vió libre de él poco tiempo después, ya sea porque muriese de pesar, ya porque lo hubiese mandado matar el mismo Emperador.

§ VI

Para descubrir la ignorancia que está disfrazada con el velo de la presunción

Tampoco podrá ocultarse la ignorancia á un sugeto de buena penetración. Pues aunque hay muchas personas, que con una ligera apariencia de mérito, gozan de la estimación de todo un público, el cual se deja preocupar muy fácilmente en su favor, al menor viso de solidez y de talento que conozca en ellas, y las considera dignas de alabanza por haberse conducido bastante bien en algunos pequeños negocios, y porque aparentan tener ciertos conocimientos y bastante prudencia, lo cual da motivo para que el pueblo, siempre fácil de engañar, se derrame en exclamaciones exageradas, diciendo, por ejemplo, hé aquí á los hombres incomparables, hé aquí á los grandes hombres, sin embargo, una buena penetración que no se contenta con llegar á la superficie de las cosas solamente, sino que penetra hasta lo más interior de

ellas, y se introduce en los mismos espíritus, no desconoce el valor ni el mérito de todos estos aplausos y de esta vana apariencia, antes lo pesa todo con la debida balanza, y se hace cargo del valor verdadero; y cuando lo echa de menos ó ve que es cosa despreciable, reconoce la preocupación del pueblo, y se hace respetar de la misma ignorancia ó de la vanidad é incapacidad de estos mismos sugetos tan aplaudidos y ponderados.

§ VII

Para conocer á los hombres y saber lo que pueden dar de sí

Después de haber quitado de este modo el velo á la ignorancia y á la malicia, sirve también la penetración para descubrir los males que podrían causar una y otra cosa en el Estado, á fin de aprovecharse de las utilidades que pudieran dar de sí entrambas cosas. Cuando se tiene conocimiento de los hombres y se sabe si son malos ó buenos, sean ciudadanos ó extranjeros, entonces se les emplea útilmente, y se los hace contribuir con su misma malicia al bien común, que es mejor todavía que reprimirla ó castigarla. Los conocimientos más leves en este ramo son siempre muy útiles al Hombre de Estado, y no hay sugeto tan vil ó despreciable de quien no se pueda sacar un partido ventajoso; porque nada es más común en el mundo, que ver cómo causa un incendio una sola chispa; y también se ve con mucha frecuencia, que el principio más débil produce grandes efectos.

§ VIII

Falta de penetración en los Cónsules Minucio y Semproniano

La poca penetración de los Cónsules Minucio y Semproniano, que cayeron torpemente en el lazo que les había armado Accio Tulio, partidario de Coriolano, dió motivo á la guerra contra los Volscos, que fué tan fatal para la República Romana. Después de mucho tiempo trabajaban aún estos dos últimos en buscar los medios más poderosos para animar á los Volscos contra los Romanos, y empleaban todos sus cuidados y fatigas en esto. Un día en que Accio, hombre mañoso y revoltoso, se hallaba en Roma con motivo de ciertos juegos públicos que se celebraban, á cuya fiesta habían concurrido también otros muchos volscos conciudadanos suyos, se fingió revestido y animado del mismo interés de los romanos. Hizo presente á los Cónsules que la gran concurrencia de volscos que se hallaba dentro del recinto de la ciudad, podía causarle algún daño. Los Cónsules, que estaban muy dispuestos para dejarse sorprender de un discurso semejante, porque les eran sospechosos los volscos, se dejaron persuadir de Accio con la mayor facilidad, y á consecuencia de esto, mandaron publicar unas órdenes tan rigurosas, que todos cuantos volscos se hallaban en Roma por entonces, se vieron precisados á abandonar la ciudad; pero un trato tan injurioso trajo después aquel tan infeliz suceso que se podían esperar muy bien Accio y Coroliano. La Nación Volzca se armó de furor entonces contra Roma, y animada por los razonamientos de Accio y de Coriolano emprendió, bajo la dirección del mismo Coriolano aquella tan famosa

guerra que puso á pique de causar su ruina á los romanos. Si Minucio y Semproniano, que no ignoraban el disgusto que le habían de dar á Coriolano con esto, y sabían que era hombre de gran valor, hubiesen advertido que el arrojar á los volscos de Roma era ofender á toda la Nación y también á Coriolano, que era el Jefe de ella, hubieran comprendido bien que una acción semejante sólo podía amotinarles más y procurar á Roma una infinidad de desdichas, y de este modo no hubieran permitido, como buenos políticos, la visita de los volscos.

§ IX

Sabia penetración de Ulises

Mucho más prudente fué Ulises; y el célebre caballo que mandó fabricar á los griegos cuando estaban acampados delante de Troya, fué obra de una penetración sin igual. Este sabio Príncipe conocía bien el genio de los troyanos, y sabiendo que eran naturalmente inclinados á la superstición, quiso darles un asombro para que se admirasen; y para obligarlos á que creyesen en las falsedades y mentiras de Sinon, que les anunciaba la retirada de los griegos, hizo que se introdujesen éstos hasta las murallas de Troya, y que saqueasen esta soberbia ciudad y la quemasen y abrazasen en vivas llamas con el artificio que nos describió Virgilio en aquella pintura tan viva y asombrosa que nos hizo de él.

§ X

Si se puede adquirir la penetración de espíritu

Estas mismas razones nos inducen á creer que la penetración es una cosa muy esencial para el Hombre de Estado; pero si esta bella cualidad no fuese un regalo que hubiese recibido él de la Naturaleza misma ¿podrá acaso pretenderla? ¿No es constante que dependa de otras muchas condiciones? Cosa es bien cierta; pero aunque sea muy difícil verlas todas juntas en un mismo sugeto, con todo llamaremos á las más principales únicamente, para que cuando menos pueda resultar de ellas algún método, con cuyo auxilio podrán cultivar un talento tan precioso y estimable aquellos que tuvieren espíritu de penetración; y los que no lo hubieren recibido de la Naturaleza, puedan prometerse que lo adquirirán.

§ XI

Cualidades que concurren á formar un espíritu de penetración

Cuatro son las cualidades que concurren á formar un espíritu penetrante: el calor moderado del temperamento; el conocimiento de la Lógica; el hábito de la reflexión, y la experiencia.

§ XII

Un temperamento moderadamente ardiente

Por temperamento moderadamente cálido entende-

mos un natural comedido que no se deja llevar nunca de ningún exceso en lo que emprende, ni le arrastra tampoco una fría indiferencia. Porque el demasiado ardor ciega el espíritu, y una indolencia fría lo limita demasiado en el campo de sus investigaciones, como lo hemos probado en el capítulo anterior; y, al contrario, un calor moderado da lugar á la madura atención, y hace, al mismo tiempo, que se ocupe el entendimiento en el examen de la naturaleza de los negocios y de sus circunstancias; pero de un cierto modo que no omita en su discusión la menor particilla ni las más leves relaciones; y esto es lo que constituye la verdadera penetración. ¿Pero qué ha de poder hacer aquel á quien le negó la Naturaleza tan feliz temperamento? Deberá hacer esfuerzos y trabajar con eficacia para ver si puede adquirirlo á costa de trabajo, auxiliado con las reglas que hemos dado en el capítulo anterior. Debe ir por partes en el negocio que maneje, y ha de ir examinando cada punto de por sí, con tanta atención como si tratase del negocio entero y verdadero, siguiendo aquel axioma: *Age quod agis*. Y si fuese frío, que excite alguna pasión vehemente capaz de inflamarle la imaginación, porque ¿quién duda de que el mismo vicio hace penetrante á un espíritu? El avaro sabe todos los medios posibles de atesorar, y sabe descubrir también hasta la menor circunstancia que tenga relación con ellos; él percibe y penetra los objetos que otros no pueden percibir ni penetrar, y esto nace de la aplicación que pone en conocerlos; porque emplea todas sus fuerzas en ello, y como tiene sed de riquezas, esta misma pasión le inflama el temperamento. El ambicioso, atento siempre á aprovechar cuantas ocasiones se

le puedan proporcionar para elevarse más y más, no des- perdicia la menor de ellas por culpa suya. Y de la mis- ma manera el temor, el odio, la envidia y todas las de- más pasiones del hombre, excitan su natural indolencia; y si viciosas como son, obran un efecto semejante, mu- cho mejor lo producirán cuando algún motivo loable las hiciese virtuosas. Por lo cual, el hombre que tuviese un temperamento frío, es menester que estudie el modo de excitar en sí aquella pasión vehemente que tenga más relación y conveniencia con el negocio que se quiera tra- tar; y cuando se tratase de examinar las sugerencias de alguno, por ejemplo, debe armarse con la desconfianza; pero si la cuestión versa sobre algún vicio ó defecto de algún extraño, debe abrirse paso franco á la indignación en su corazón. Este, á mi parecer, es un buen medio, si mal no me engaño, para dar á un temperamento frío y lánguido por naturaleza, el grado de calor moderado que necesita para poder obtener el buen éxito en las em- presas que intentase.

§ XIII

Conocimiento de la Lógica

La segunda cualidad que contribuye para la pene- ción, es el conocimiento de la Lógica; y el que careciere de la natural, debe estudiar bien las reglas de la Lógica artificial. No hay cosa que más perjudique ni que más impida los descubrimientos del entendimiento humano, que la falta de raciocinio y el descuido que tenemos pa- ra formar una idea clara y distinta de lo que se va á exa- minar; y esta misma falta de atención hace que miremos

y tengamos por un negocio de importancia lo que en el fondo no es más que una cosa de poquísima consecuen- cia; y, al contrario, nos hace despreciar lo que nos de- biera ocupar toda nuestra atención. Cuando considera- mos como importante un negocio que no lo es en rea- lidad, se interesa nuestro espíritu en su contemplación, y representándonos repetidas veces su memoria, nos per- fecciona la idea que teníamos de él; con lo cual lo en- grandece de modo que nos lo pinta un objeto tan aji- gantado, que apenas puede ni sabe distinguir bien todas sus partes; y cuando hacemos poco caso de un objeto que debía merecernos una seria atención, es porque la misma veleidad del espíritu no le deja tiempo para exa- minarlo. ¿Y cómo había de poder descubrir bien el en- tendimiento la naturaleza de un negocio, tanto en uno como en otro caso? Pero si sabemos formar una idea clara y distinta de la cosa, como ella es en sí, ó se nos presenta ella misma de modo que nos franquea liberal- mente su verdadero conocimiento, entonces no habrá dificultad en distinguir bien todas sus partes, y si quiere aplicarse á examinarla, no sólo conocerá su naturaleza sino que llegará á penetrar hasta sus más leves circuns- tancias y hasta las propiedades más remotas. Jamás po- drá juzgar un lapidario sobre el mérito de un diamante, ni apreciar su valor exactamente, como no lo vea antes y lo examine á su gusto, y lo mismo sucede á nuestro entendimiento. Jamás podrá llegar á penetrar nada, co- mo antes no haya adquirido una idea clara y distinta de la cosa; y no basta aún esta idea clara y distinta, si no la desenvuelve bien un buen raciocinio; lo cual muestra claramente que la Lógica es absolutamente necesaria